

Cosimo Lotti y Baccio del Bianco. Lope de Vega, Calderón, Quiñones de Benavente, escribieron obras previstas para su representación en este palacio.

El amueblamiento requirió una previa labor de adquisición de obras. Se contaba con la ventaja de una buena representación diplomática en el extranjero, especialmente requerida para proveer de pinturas y de esculturas al Buen Retiro. Se analiza el papel asumido por el Marqués de Leganés, el Conde de Monterrey, el Marqués de Castel Rodrigo y del Cardenal Infante Don Fernando. Esto permitió la recluta de notables obras, algunas especialmente encargadas al efecto. Tal sucede con los encargos formulados a Claudio de Lorena o Poussin.

La aportación española fue un complemento digno. No en balde a los nativos se confió la decoración pictórica de la sala principal, el Salón de Reinos. Todo obedece a una idea de conjunto, de simbolismo que los autores nos relevan: era el «Salón de la Virtud Principesca». Precedentes son argüidos en el siglo xvi. Pero aquí resplandece la orquestación con una evidencia plena: retratos ecuestres, mitología, acciones bélicas, leones de escultura, todo en aras de exaltar el Poder de la monarquía. Una colección de gráficos contribuye a valorar los elementos básicos del palacio.

Este libro crea como se ha dicho una metodología. Mal procedimiento el utilizar solamente lo que ha quedado. Todo es historia, lo que permanece y lo que se ha ido. Sólo recomponer el conjunto permite éxitos tan manifiestos como el del libro que comentamos. Porque «mutatis mutandis», este aparentemente modesto palacio, cumple la misma misión que habría de corresponder nada menos que al ostentoso Versalles de Luis XIV.
—J. J. MARTÍN GONZÁLEZ.

MARTIN GONZALEZ, Juan José, *El escultor Gregorio Fernández*, Ediciones del Ministerio de Cultura, Madrid, 1980, 294 pp., 352 fotografías y 59 dibujos.

No son frecuentes las publicaciones sobre nuestra imaginería policromada, como tampoco lo son los trabajos y exposiciones acerca de temas escultóricos, máxime se hace una comparación con el crecido volumen de monografías, tratados, ensayos y exposiciones dedicados a la pintura y a los pintores. Por esta razón, el estudio que el Profesor Martín González dedica al escultor Gregorio Fernández, constituye una significativa aportación.

Dos objetivos ha perseguido el autor: la catalogación de la voluminosa producción de Fernández y la valoración estilística de ésta en el marco de la escultura y de la sociedad española de su tiempo. Todo ello siguiendo una metodología que el propio Martín González había creado en su *Escultura Barroca Castellana* (Madrid, 1959), libro que se ha convertido en un esquema programático para abordar cualquier estudio relativo a la imaginería española. Hay que agregar, también en el campo de la metodología, su estudio titulado *Tipología e iconografía del retablo español del Renacimiento* (1964), en el cual con ayuda de un nutrido repertorio de dibujos especialmente confeccionados se hace la valoración de la estructura arquitectónica y el programa iconográfico de estos «sermones visuales», según la definición que los propios contemporáneos otorgaron al retablo. Método válido que el propio autor aplicó a su monografía *Juan de Juni. Vida y obra* (Madrid, 1974).

Es evidente que Fernández reclamaba con urgencia un catálogo razonado y depurado, que permitiera conocer las obras originales, las de taller y las copias. El profesor Martín González ha filtrado con rigor crítico todo este amplio repertorio, haciendo la catalogación con arreglo a géneros escultóricos y temas iconográficos.

Se revisa el juicio crítico que ha merecido Fernández, empezando por el del propio rey Felipe IV, para quien era «el escultor de mayor primor que ay en estos mis Reynos».

Se aborda con detalle la biografía de Fernández, empezando por el apellido del escultor, que es claramente Fernández según el propio artista defiende. Referencias minuciosas a su vinculación con Francisco de Rincón en la etapa formativa, a la conexión con Pompeyo Leoni y su círculo, al influjo del último manierismo, y por supuesto a la organización de su taller.

Fernández acertó a plasmar los ideales religiosos de la sociedad vallisoletana del primer tercio del siglo xvii, como se demuestra al recordar a un grupo de escritores místicos que vivieron en este ambiente y que tenían fama de visionarios: los jesuitas Alonso Rodríguez y Luis de la Puente, y la beata Doña Marina de Escobar. Estos testimonios y otros aportados por el autor, hacen que el ambiente vallisoletano y por consiguiente el arte de Fernández en cuyo medio se forma, se ofrezca muy distinto al de Italia, y por lo tanto haya juiciosamente de ser juzgado con otros parámetros.

Martín González presta atención a la diseminación de las esculturas de Fernández, para lo cual analiza las líneas de comunicación, que tienen una importancia grande. Evidentemente el núcleo más importante se condensa en la provincia de Valladolid, irradiando a las comarcas limítrofes y extendiéndose a lo largo del Camino de Santiago, desde Logroño hasta Santiago de Compostela, pasando por Burgos, Carrión de los Condes, Sahagún, León y Astorga. Muy relevante la presencia de la escultura de Fernández en Madrid; gran repercusión en el País Vasco, una notable penetración hacia el mediodía de la Península (catedral de Plasencia) y el impacto en Portugal (catedral de Miranda do Douro).

Su influencia fue extraordinaria, dejando legión de seguidores. Su huella se aprecia en escultores que saben apreciar su primer estilo todavía impregnado de manierismo; pero más aún cuando alcanza la madurez, con la particularidad estilística del plegado quebrado que recuerda las formas hispano-flamencas. Como señala el propio autor, un maestro, por importante que sea, no alcanza categoría elevada mientras no haya creado una influencia perdurable.

Un obra que colma un vacío en la bibliografía artística española, y que contribuirá a no dudarle a que se reconozca la extraordinaria valía del escultor. Escrito el libro con pluma ágil, su contenido está avalado por la consulta exhaustiva de las fuentes bibliográficas, el descubrimiento de documentos, la contemplación directa de las esculturas, la aportación de una completísima colección fotográfica y de dibujos.—J. M. PALOMERO PÁRAMO.

ANGULO INIGUEZ, Diego, *Murillo*, Editorial Espasa-Calpe, Madrid, 1981. Obra en tres volúmenes. I. *Su vida, su arte, su obra*, 486 pp.; II, *Catálogo crítico*, 653 pp.; *Láminas*, 680 láms.

Obra esperada y deseada, al fin la contemplamos ataviada con las galas editoriales de Espasa-Calpe. Si el siglo xvii fue para Murillo período de fama bien ganada, si ésta con fluctuaciones se mantuvo destellante hasta el extremo de que el mariscal Soult buscara con afán sus cuadros para trasladarlos a Francia, desde el imperio del realismo decimonónico asistimos a un eclipse de la notoriedad del pintor. En grado no despreciable el desmerecimiento obedece a razones no propiamente pictóricas: la consideración de ser creador de escenas devotas, de temas de ternura infantil «paternalista», de retratos de perfil aristocrático. Ya sabemos que la aplicación de esta vara de medir puede echar por